

F
220
AS

F XVIII 220
F 14

LA CRUZ DE NACAR.

POEMA

POR

JOSÉ RODAO.

SEGOVIA:

IMPRESA DE F. SANTIUSTE,
calle de la Potenda, num. 1.

1887.

Sig.: F 220 AS

Tit.: La cruz de nacar : poema

Ópe Aut.: Rodao, José

Cód.: 51078306



65079 put 29 05 - 006.2 07 F.

AS

D. 86-1

R. 3495

LA CRUZ DE NACAR.

POEMA

POR

JOSÉ RODAO.



SEGOVIA:

IMPRESA DE F. SANTIUSTE,
calle de la Potenda, núm. 1.

1887.

LA CRUZ DE NAGAR

A. L. A.

POEMA

SOCIEDAD ECONOMICA ZEGOVIANA

por

DE ANTONIO DEL PAIS
JOSE RODAO.

ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO



ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO

ZEGOVIA

REPUBLICA DE ZEGOVIA

ESTADO ZEGOVIANO

ESTADO ZEGOVIANO

Á LA

SOCIEDAD ECONÓMICA SEGOVIANA

DE AMIGOS DEL PAÍS.

EL AUTOR.

Segovia, Octubre de 1887.

LA CRUZ DE NAGAR.

POEMA.

I

Era Juanita joven y muy bella;
su pálido semblante
denunciaba el candor de la doncella,
en cuestiones de amor tan ignorante,
que la pobre creía,
que siempre que algún joven la miraba
debiera confesarse al otro día,
porque ella suponía que pecaba.

Aunque, si lo cumplía exactamente,
á no ocultar sus gracias seductoras,
hubiera estado Juana la inocente,
al pié del confesor á todas horas.

Tenia pretendientes á montones,
lo cual no es de extrañar, porque su cara,
conjunto sin igual de perfecciones,

era de esas que nadie las compara,
á las que á visto en otras ocasiones;
porque al verla tan bella
decía todo el mundo: ¡No hay más que ella!

Que nadie la envidiaba es increíble;
pues ¡quien no la envidiaba,
cuando era muy posible,
si la hermosura fuera trasferible,
que con toda la que ella atesoraba
hubiera hecho preciosas,
á cinco ó seis muchachas horrorosas!

Vivía en una aldea de Castilla
que con sus aguas el Eresma baña
y que era, comparada con Sevilla,
lo que para la Europa nuestra España.

Sus padres la adoraban de ese modo
que los padres adoran á los hijos;
en Juana, que para ellos lo era todo,
cifraban sus más grandes regocijos
y como no si entre otras mil razones,
su mirar engendraba desazones;
ese cariño que en locura toca
y su franca sonrisa en ocasiones,
aunque jamás pasaba de la boca,
iba á hacer daño á muchos corazones.

II

De los mozos de la aldea
que á Juana galantearon,
con esas galanterias
propias de los aldeanos,

solamente las de Arturo,
joven prudente y simpático,
dedicado desde niño
á las faenas del campo,
interesaron á Juana
que escuchaba con agrado
aquello de "*Tuyo ó muerto.
Sin tu amor al camposanto*".....
y otras parecidas frases
muy propias de enamorados
que, aunque en su forma sencillas,
dicen mucho en ciertos casos.

Si iba al baile Juana, siempre
se la veía bailando
con Arturo, en el paseo
siempre iba Arturo á su lado
y allá en las hermosas noches
del caluroso verano
cuando la gente del pueblo,
después de rudo trabajo,
en el lecho mal mullido
buscaba el dulce descanso
junto á la puerta de Juana;
á la ventana mirando;
envuelto en manta sencilla
y en una piedra sentado,
más dichoso que ninguno,
estaba cantando
escuchando sus voces

y están en el alma escritos
y por el amor dictados,
y cuantas, cuantas mañanas,
cuando se van ocultando
las tinieblas de la noche
que rasgan del sol los rayos,
los habitantes del pueblo,
que las faenas del campo
iban á emprender alegres
vieron á Arturo esperando
la ocasión de ver de Juana
el blanco rostro agraciado;
que hasta el sol que nos alumbraba
con sus ardorosos rayos
que pueden fundir coronas,
respetó su rostro blanco.

III.

Arturo amaba á Juana y ella á Arturo
que de Juana borró aquella ignorancia
que en las cuestiones del amor tenía,
pues ya no rechazaba las miradas
de los mozos del pueblo ni tampoco
con desden contestaba á las palabras
que escuchaba, cuando iban por su lado
los que de su hermosura se admiraban,
tanto que entre las mozas, sus amigas,
el proceder de aquella crítica
que ya no se asustaba
y antes todos lo
(aunque las c

mucha inocencia al corazón de Juana)
 porque la echaba flores algún joven
 al verla que á la fuente iba á por agua,
 que asi como los brillos de la ciencia
 echan por tierra presunciones vanas
 el amor va borrando poco á poco
 la inocencia que cuida en nuestra alma.

.....

Cuantas veces hablando con Arturo,
 le preguntaba con cariño Juana:
 —¿Y dices que la dicha en esta vida
 no puede ser completa? ¡Que bobada!
 y entonces él, mirándola los ojos,
 trémulo la decía estas palabras:
 —Cuando dos que se quieren, vida mía,
 se dicen uno al otro cuanto se aman
 si la felicidad no está con ellos,
 por lo menos les roza con sus alas

.....

Y despues de jurarse amor constante,
 sonriendo los dos se separaban
 y al ir marchando por camino opuesto,
 renegando los dos de las distancias,
 volvían la cabeza á cada paso
 pensando que la aldea en que habitaban
 para poderse ver á todas horas
 no debiera tener más que una casa.

IV.

Turba la tranquilidad
 de Juana el saber que Arturo,
 á quien profesa amor puro,

ha llegado ya á esa edad
 en que le obliga una ley
 engendradora de penas
 á abandonar sus faenas
 y á ir al servicio del rey.

.....

Arturo es soldado; llega
 el día en que ha de marchar
 y en que se ha de separar
 de la que su amor le ciega,
 y hasta teme la ocasión
 de despedirse de Juana,
 que al saberlo está cercana
 á la desesperación.

.....

Ya del pueblo á la salida
 le va Juana á acompañar
 y entonces tiene lugar
 la terrible despedida.

Uno y otro suspiraron
 y él alegría fingiendo
 y ella lágrimas vertiendo;
 de esta manera se hablaron:

V.

—¿Conque me olvidarás?—

—Nunca bien mio;

nunca te olvidaré, Juana del alma,
 pues sería olvidar lo que mas quiero.

—Es cierto..... pero temo la distancia.....
 y luego el tiempo que lo borra todo

me hace perder, Arturo, la esperanza.....

—No me digas, por Dios, lo que me dices porque me ofendes y una ofensa mata cuando es el ofendido quien adora y la que ofende aquella á quien se ama.

—¡Cuanto voy á llorar hasta que vuelvas!

—¡Cuanta desdicha el porvenir me guarda!

Adios que ya me esperan: antes de irme quiero que adorne tu garganta, Juana, esta cruz que te anuncia mi cariño

y te recuerde tu promesa santa

y colgando del cuello de la hermosa

una preciosa cruz de fino nácar,

“adios, la repitió, que no me olvidés”

y llenando la cruz de ardientes lágrimas,

acuérdate de mí, Juana decía,

y con muy lento paso se alejaban

uno del otro. Estando ya distantes

el aire conducía, estas palabras:

—¡Adios, Arturo, que me escribas pronto!

--No olvides nunca mi cariño, Juana.

VI.

Un año hacía que Arturo

se ausentó de aquella aldea,

en el corazón llevando

mucho amor y una promesa,

que le infundía esperanzas

y endulzaba sus tristezas.

Cuando la pluma cogía

para escribir á la que era

su ilusión y su ventura,
llenaba cartas enteras
para decirla "te adoro;
cuando estaré de ti cerca;
pensar en tí es mi alegría;
tu recuerdo me consuela....."
y otras parecidas frases
escritas con grandes letras
y con poca Ortografía,
aunque para Juana eran
más correctas y mas dulces,
más sentidas y poéticas
y mucho más inspiradas
que las que escribir pudiera,
el incomparable autor
de los *Pequeños poemas*.

VII.

Un mozo del pueblo
que á Juana adoraba,
bendiciendo la ausencia de Arturo,
quería que Juana,

Borrarse el recuerdo,
que había en su alma
y olvidase santos juramentos
y promesas santas.

Su amor hacia Arturo
quería robarla,
pues hacerla al momento su esposa
solamente ansiaba.

Tan locos deseos,
despreciaba Juana,
pero el mozo tenaz y atrevido,
seguía adorándola.

A todas las horas,
rondando su casa,
y ofreciéndola muchas riquezas,
vestidos y galas.

Creía atrevido
que iba á cautivarla
sin pensar que el amor solamente,
con amor se paga,

Al fin una tarde
se encontró con Juana,
á la hora en que el sol ya se oculta
tras de las montañas.

Y á fuerza de ruegos
y á fuerza de hablarla,
lograr pudo que la duda horrible
llenase su alma.

Un esfuerzo solo
y Juana olvidaba,
el cariño sagrado de Arturo
y aquellas palabras,

Que le dijo, á tiempo,
mezcladas con lágrimas
mientras él al marchar, el camino
con llanto regaba.

La deslumbra el lujo,
que en la lucha humana,
es él solo el innoble guerrero
que gana batallas.

Ya va á decidirse
á entregar su alma,
al que puede ofrecerla tesoros,
vestidos y galas,

Y loca buscando,
quien la aconsejara,
una mano se puso en el pecho
pretendiendo, Juana,

Que el corazón débil
iría á ayudarla,
en el trance terrible de duda
en que se hallaba.

Y tocó su mano,
cual la nieve blanca,
una cruz que pendía del cuello,
una cruz de nácar.

Que en lenguaje mudo
vino á recordarla,
juramentos de amor que tenía
y que ya olvidaba.

Rechazó al amante,
con tenaz palabra,
y besando la cruz por sus ojos
resbaló una lágrima.

¡Venció el amor puro,
tras lucha empeñada,
que para él no hay riquezas, ni glorias,
ni cetros, ni espadas!

VIII.

Fué Arturo licenciado
y regresó á la aldea una mañana,
con su bote y su cinta color grana,
en busca del momento deseado
de contemplar á Juana.

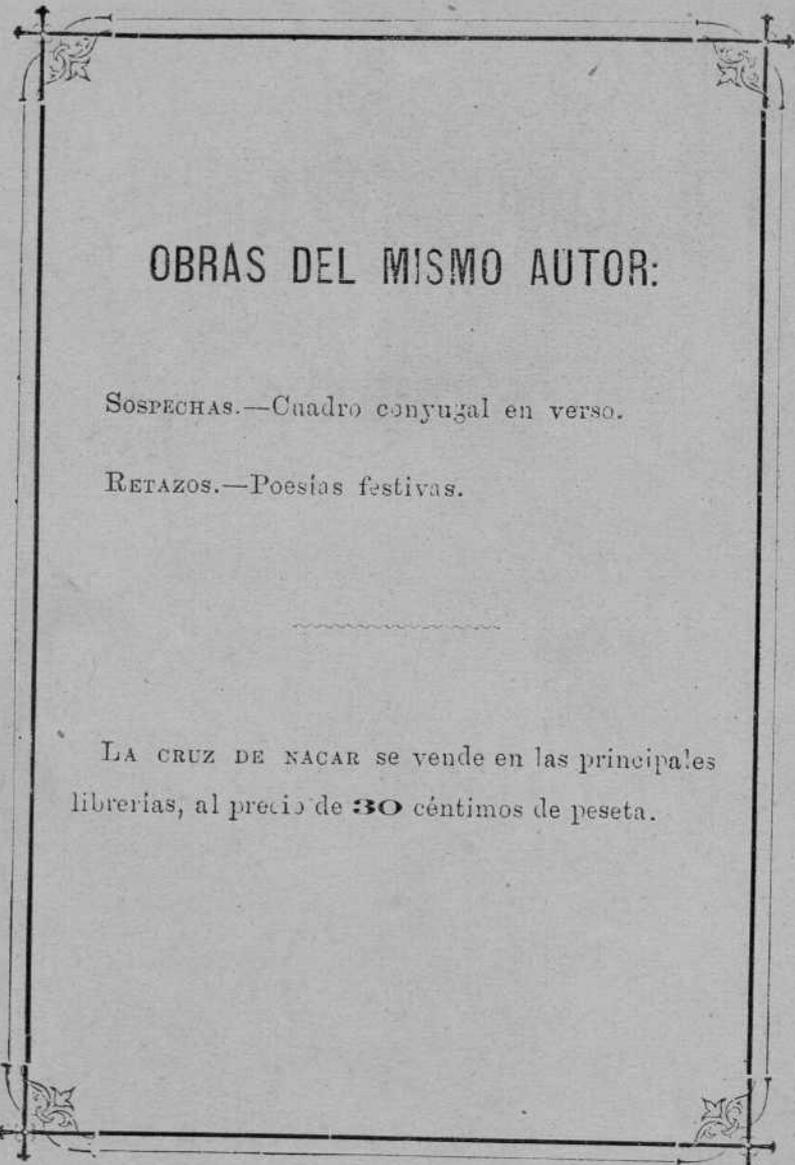
Del pueblo en que nacieron
ella ya le esperaba á la salida
y en el momento en que los dos se vieron,
llorando de alegría se creyeron
que la gloria se hallaba en esta vida.

Al poco tiempo el cura de la aldea
bendijo ante el altar á aquellos seres
que ya estaban unidos por la idea
de gozar los dos juntos los placeres
que en el hogar el matrimonio crea.

IX.

Y cuantas veces, llena de consuelo,
al verse Juana agena á la desdicha,
besa la cruz de nácar con anhelo
porque ella fué la que engendró su dicha.

FIN.



OBRAS DEL MISMO AUTOR:

SOSPECHAS.—Cuadro conyugal en verso.

RETAZOS.—Poesias festivas.

LA CRUZ DE NACAR se vende en las principales
librerias, al precio de **30** céntimos de peseta.